

Para el investigador es obligado, al aproximarse inicialmente al tema, apuntar la existencia de una importante disimilitud que dificulta cualquier paralelismo entre el proyecto revolucionario de Martí y el de Fidel, o el de Bolívar y Martí. Es obvio que cada uno de ellos ejecutó su proyecto en diferentes tiempos históricos y en contextos igualmente diversos. Martí nació en 1853, treinta y cinco años después de la muerte de Bolívar y desarrolló su apostolado revolucionario en las décadas del ochenta y noventa del siglo XIX. Treintiun años separan la muerte de Martí del nacimiento de Fidel Castro. La gesta de Fidel tuvo lugar a partir de la década del cincuenta del siglo XX, y alcanzó el poder en 1959, mantenido con amplio apoyo popular más de medio siglo hasta nuestros días.

El proyecto político de Martí, por otra parte, no pudo ignorar las propias experiencias de Simón Bolívar, cuya vida y obra revolucionaria fueron objeto de su examen detenido. Bolívar no podía incluir a Estados Unidos en sus previsiones estratégicas, pues la amenaza estadounidense contra la América Latina comenzó a manifestarse más perceptiblemente al final de la vida de Martí. A fines del siglo XIX, en pleno bregar revolucionario, ya era evidente la voluntad de los círculos de poder estadounidenses de convertirse en un gran imperio, con el peligro que ese proyecto suponía para el futuro de los estados independientes hispanoamericanos, sobre todo los más pequeños y débiles, y particularmente para la revolución cubana y la puertorriqueña, que entonces nacían, caracterizadas por Martí como el “último capítulo” de la revolución iniciada en la Argentina en 1810 y continuada por Bolívar en 1813 hasta la retirada de España de Sudamérica.

La visión revolucionaria de José Martí, por otra parte, estaba condicionada por la ubicación geoestratégica de Cuba. A partir de 1889 hasta su muerte en Dos Ríos, la lógica de sus principios e ideas y sobre todo sus acciones se proponían —cuando aún se hallaba solo, sin recursos y limitado por su condición de simple emigrante económico en Estados Unidos, vulnerable a cualquier acción represiva del gobierno estadounidense —, a la organización de una revolución en una colonia de poco más de millón y medio de habitantes, debilitada económicamente por una prolongada guerra de independencia entre 1868 y 1878, situada a sólo 90 millas de un nuevo coloso imperial, con más de 60 millones de habitantes, una industria pesada bien desarrollada, que ya incluía la producción de armamentos modernos, y la disponibilidad de cuantiosos recursos financieros.

En los primeros dolores del parto revolucionario, la posición estructuralmente compleja de la revolución cubana puede caracterizarse también por la paradoja de que su principal retaguardia, los más importantes grupos de emigrados revolucionarios, fuentes de financiamiento y recursos materiales para la guerra de independencia se hallaban justamente en Estados Unidos, el país que ya se había declarado públicamente como el adversario estratégico de los pequeños pueblos hispanoamericanos que luchaban por su libertad e independencia en el Caribe, vale decir, Puerto Rico, Cuba, Santo Domingo, y el pequeño Haití, que aunque originalmente francófono se hallaba vinculado, por su vocación solidaria, a las tradiciones liberadoras de los pueblos de habla hispana de la región.

En esas circunstancias tan adversas, en que la revolución cubana debía neutralizar la estrategia española fundamentada en una gigantesca superioridad de fuerzas militares, Martí hizo suyo un proyecto militar y diplomático para el movimiento revolucionario que debía corregir los errores de la pasada contienda. No creo necesario repetir lo que ya es de sobra conocido, pero era en esencia una estrategia revolucionaria que con la invasión de Occidente se proponía anular la economía colonial mediante la destrucción de la industria azucarera. Todo el entramado del proyecto descansaba en principios éticos incommovibles, cuyo pilar principal debía ser la unidad del pueblo cubano y de la América hispana basado en lo mejor de la ciencia política de su tiempo, sobre todo en el principio, modificado por él, del equilibrio político y militar, apoyado en el derecho internacional, sin faltarle una visión realista de las contradicciones interimperialistas en las relaciones internacionales de la época.

Es de destacar que en ese esfuerzo Martí siempre tuvo presente, a pesar de las diferencias generacionales y de contexto, las experiencias y enseñanzas de Bolívar, en particular acerca de la aplicación del principio del equilibrio de fuerzas mundial, como las tuvo Fidel Castro y casi toda la Generación del Centenario. Martí comprendió, como el propio Bolívar, que la viabilidad de la revolución cubana dependía, no sólo de los combates en los campos de batalla, sino de la unidad de la América hispana, frente al peligro de la expansión estadounidense en toda la América Central, el Caribe y Sudamérica, particularmente evidente a partir de 1889, al iniciarse la Conferencia Internacional Americana. Y por esa unidad luchó durante el resto de su vida. Es esa la piedra angular del legado bolivariano que Martí heredó y tuvo en cuenta durante los prolongados preparativos del empeño independentista, reivindicado por la Generación del Centenario en su propia lucha contra el tirano Batista y sus aliados estadounidenses, que hoy se reconoce como una necesidad vital en el empeño por la supervivencia de los estados independientes de la América Latina.

Martí estudió con detenimiento las contradicciones entre las grandes potencias europeas (en particular Inglaterra y Alemania), y Estados Unidos, que preocupaban a los estrategas militares y a los grupos conservadores en el Congreso estadounidense. Y desde el campo de batalla en las montañas orientales, en abril de 1895, se valió de ellas para sus fines revolucionarios al enviar dos cartas a los cónsules de Inglaterra y Alemania, bien recibidas por sus gobiernos respectivos, en las que entre otras cosas solicitaba respeto para el gobierno revolucionario durante la guerra, al tiempo que, después de asegurado el poder, ofrecía igualdad de oportunidades comerciales y garantías para proyectos inversionistas conjuntos a todos los países europeos, sin excluir a Estados Unidos.

Debemos insistir en que Martí no podía copiar servilmente a Simón Bolívar, que llegó a gobernar, si bien efímeramente, un Estado plurinacional de gran extensión territorial en Sudamérica después de desarrollar su gesta revolucionaria entre 1813 y 1824, cuando las trece colonias estadounidenses estaban aún relativamente subpobladas y confinadas a la costa del Este de Norteamérica. Martí tenía que aplicar las enseñanzas creativamente, ajustándolas a las condiciones poco auspiciosas en las que tenía que conducir su propia lucha independentista, en la que sobresale su persuasiva campaña contra la pretensión hegemónica de la burguesía industrial y financiera de Estados Unidos, desplegada desde las páginas de diarios influyentes como *La Nación* de Buenos Aires y *El Partido Liberal* de México, que culminara con su nombramiento de cónsul en Nueva York de tres países sudamericanos – Uruguay, desde 1887, y Argentina y Paraguay, desde 1890.

Estos nombramientos, tan excepcionales entonces como hoy, le proporcionaron, desde el punto de vista profesional y político, una valiosa cobertura consular para sus actividades revolucionarias. Desde su triple consulado, Martí pudo moverse con mayor libertad y seguridad, durante al menos quince meses, hasta que la legación hispana protestó oficialmente ante la legación argentina en Washington por el discurso de éste del 10 de octubre de 1891 en Nueva York y se vio obligado a renunciar a los tres consulados. No es posible extendernos en los límites razonables de estas líneas para abarcar los factores internos en la Argentina que incidieron en la renuncia de Martí. Baste decir que cuando Martí fue designado cónsul argentino sin que él en momento alguno lo solicitara, ya era bien conocido en Nueva York y Buenos Aires como un intelectual dirigente de la revolución cubana. Y por ello no fue de su agrado verse obligado a la dimisión bajo presión de España. A ello contribuyó la crisis financiera en la Argentina que condujo al descontento del pueblo bonaerense y a una intentona militar contra el presidente argentino, Miguel Ángel Juárez Celman, que lo obligara, a él y a Roque Sáenz Peña, por un efímero instante nombrado en 1890 ministro de

relaciones exteriores, a renunciar, cuando ya se había identificado con las ideas de Martí y se había responsabilizado con su designación consular. Desde el punto de vista personal para Martí fue sólo un incidente desagradable que le significó una valiosa experiencia. Pero en enero de 1892 Martí ya había logrado la aprobación de las bases y los estatutos del Partido Revolucionario Cubano. A partir de entonces, no hablaría sólo como el intelectual brillante, cónsul de tres repúblicas sudamericanas, sino como el Delegado, representante de la gran mayoría de los cubanos emigrados en Estados Unidos y eventualmente Cuba y otros clubes revolucionarios en Centro, Sudamérica y Europa. Con el respaldo de esa representación viajó a México en 1894, y se entrevistó con Porfirio Díaz, su presidente, de quien no pudo obtener, por las presiones estadounidenses, una promesa de reconocimiento de la beligerancia del pueblo cubano, pero sí su simpatía personal por la revolución y una importante ayuda pecuniaria de unos 20,000 pesos oro, cifra respetable entonces.

Iniciadas las operaciones militares en 1895, la República en armas, bajo la orientación de José Martí, rápidamente priorizó la diplomacia. Nombró enviados especiales, agentes generales o encargados de negocios, según el caso, en Chile, Perú, Bolivia, Guatemala, Nicaragua, Honduras, Brasil, Uruguay, Argentina, Ecuador, Venezuela, México, Costa Rica, El Salvador, Santo Domingo, Haití, Francia, Gran Bretaña y hasta los propios Estados Unidos. Pero esa ofensiva diplomática no bastaba. En el momento crucial faltó el prestigio, la autoridad y, digámoslo francamente, el genio político de Martí, fallecido en 1895 en el campo de batalla, cuyo proyecto preveía una activa gestión personal ante los gobiernos latinoamericanos para asegurar apoyo moral y material a la revolución, y el reconocimiento a las autoridades revolucionarias.

La fortuna de la guerra no acompañó al líder cubano. Muerto en mayo de 1895 no pudo aplicar una política exterior de Estado, ni emplear los principios políticos contenidos en los estatutos del Partido en la vida diaria del pueblo cubano, como brevemente lo hiciera Bolívar, e hizo nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro, a partir de 1959. Pero los principios que animaron su política como un revolucionario en acción son válidos y fueron fuente de inspiración para los revolucionarios cubanos durante la lucha contra Estados Unidos y su títere Batista. No es posible olvidar que fue José Martí quien proclamó la necesidad de una “segunda independencia en América Latina”, que hoy avanza, pero aún aguarda la acción final de los pueblos, frenada por algunos gobiernos oligárquicos, que al igual que en los tiempos de Martí hacen de la entrega al imperio de los recursos naturales de sus países respectivos la razón de su existencia.

Y así, la revolución en el poder a partir de 1895, libre por un instante histórico de la tutela de España y de Estados Unidos, en uso pleno de la soberanía que Martí defendió y por la cual dio su vida, se convirtió, después de la intervención norteamericana en 1898, en una especie de protectorado bajo la enmienda Platt, sólo nominalmente una república. El resultado fue la frustración de las aspiraciones del pueblo cubano tras una extensa teoría de gobiernos entreguistas subordinados a los dictados de Washington, hasta que cerca de sesenta años después la libertad entró a La Habana con Fidel sobre un tanque arrebatado al ejército mercenario de Batista.

Desde entonces, Cuba es dueña de su destino. Atrás quedaron los gobiernos oligárquicos entreguistas de la pseudo república, que entre 1902 y el día del triunfo revolucionario asolaron al pueblo cubano. Es verdad que desde entonces se han cometido errores, pero se rectifican. Han sido errores nuestros y no impuestos, como en el pasado, por una potencia extranjera que trabajaba para el exclusivo beneficio de su burguesía. Hoy nuestro pueblo comprende la necesidad de rectificar sin cejar en el empeño de construir una sociedad socialista justa, objetivo al que se suma un número creciente de estados y pueblos latinoamericanos de voluntad independentista. Más que nunca podemos proclamar la independencia de nuestra política exterior e interna, tanto más heroica y meritoria cuanto se aplica hace más de cincuenta años desde una Isla cercana al imperio más poderoso y perverso del sistema mundial imperialista. Bastaría esta realidad para comprender la importancia paradigmática de las transformaciones estructurales en la sociedad cubana y la posición de vanguardia que el pueblo de Cuba ha asumido entre los pueblos de Asia, África y América Latina. La Revolución cubana hizo realidad el pensamiento martiano, contenido en su carta final a su amigo mexicano, Manuel Mercado, de que el objetivo de la revolución era “impedir a tiempo, con la independencia de Cuba, que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América”.

Con el ejemplo de la ejecutoria revolucionaria de José Martí, que llamaba al Derecho Internacional “general y grandioso”, la política exterior cubana se adhiere a sus principios básicos: el respeto a la soberanía, la independencia y la integridad territorial de los Estados; la autodeterminación de los pueblos; la igualdad de los Estados y los pueblos; el rechazo a la injerencia en los asuntos internos de otros Estados; el derecho a la cooperación internacional en beneficio e interés recíproco y equitativo; las relaciones pacíficas entre los Estados, y demás preceptos consagrados en la Carta de las Naciones Unidas. Los pilares centrales de la política exterior cubana son el internacionalismo, el antimperialismo, la solidaridad y la unidad entre los países del Tercer Mundo. En su nombre, miles de jóvenes cubanos dieron sus vidas para preservar la independencia de Angola y liberar a Namibia y Sudáfrica del oprobioso

apartheid. Más de 40,000 profesionales sólo de los países del Cono Sur Africano se han graduado en universidades cubanas. Brigadas médicas cubanas prestan sus servicios en decenas de países africanos y latinoamericanos, salvando vidas y no sembrando la muerte e hipotecando el futuro de nuestro planeta, como la alianza imperial que dirige Estados Unidos.

Por todo ello, la política de la Revolución cubana enfatiza el fortalecimiento permanente de la defensa de nuestras instituciones sociales y militares y condena en el plano internacional toda práctica hegemónica, injerencista y discriminatoria en las relaciones internacionales, así como la amenaza o el uso de la fuerza, la adopción de medidas coercitivas unilaterales, la agresión y cualquier forma de terrorismo, particularmente el terrorismo de Estado, como recientemente hemos visto emplear a Estados Unidos y sus aliados en Iraq, Afganistán y Libia, así como cualquier tipo de discriminación por razones de raza, credo u opinión. Complace confirmar que en la actualidad Cuba tiene relaciones diplomáticas con más de 180 países. La magnitud de la tarea política realizada, no sólo en nuestro país, sino entre muchos otros pueblos, no habría sorprendido a Martí que en una ocasión exclamó: "sé desaparecer. Pero no desaparecería mi pensamiento".¹ En la política exterior de Cuba vibra el pensamiento del Apóstol. Nadie mejor que el Canciller Raúl Roa García para explicar, poco antes de su muerte, los pasos iniciales que forjaron la viril política exterior de la Revolución en el plano de la diplomacia internacional:

La genuina diplomacia cubana surgió después del primero de enero de 1959. Con el triunfo de la Revolución y el advenimiento al poder de la clase obrera, la política exterior de nuestro país dio un viraje de 180 grados. Cuba se liberó de las ataduras coloniales para convertirse en un Estado efectivamente libre, independiente y soberano. La política exterior del Gobierno Revolucionario la dictan los principios, las necesidades y las aspiraciones del pueblo cubano, de los movimientos de liberación de América Latina, África y Asia [...].

El primer documento en el que se afirmó cabalmente la soberanía de Cuba fue la nota enviada al gobierno norteamericano, con motivo de la promulgación de la Reforma Agraria. En respuesta a la nota norteamericana, decía Roa, el Gobierno Revolucionario reiteró que "es facultad inalienable suya dictar, en el ejercicio de su soberanía y al amparo de tratados, convenciones y pactos de carácter universal, las medidas que juzgue más adecuadas para impeler y asegurar el desarrollo económico, el progreso social y la estabilidad democrática del pueblo cubano..." "En consecuencia -declaraba la nota cubana- el Gobierno Revolucionario se arroga la facultad de decidir lo que estime más acorde con los intereses vitales del pueblo cubano, y no admite, ni

¹ José Martí, *Obras Completas*, t. 3, "Cuba Política y revolución III, 1894".

admitirá, ninguna indicación o propuesta que tienda a menoscabar, en lo más mínimo, la soberanía y la dignidad nacionales..."

De esos principios Cuba no se ha apartado en los últimos cincuenta años. Ciento diecisiete años han transcurrido desde la desaparición física de José Martí. Cualquier día es bueno para recordar el enorme sacrificio de su valiosa vida, sin el cual la Revolución cubana no sería lo que es hoy. Podemos estar seguros que Martí se habría sentido orgulloso de la obra de la Revolución cubana y de su firme política nacional y exterior, como hoy nos sentimos nosotros de su histórico legado, vivo en el ejemplo de los Cinco Héroes cubanos (René, Ramón, Gerardo, Antonio y Fernando) que sacrifican sus vidas por proteger a sus conciudadanos del terror de estado que los círculos de poder estadounidenses continúan aplicando contra Cuba y contra quienes se niegan a seguir sus dictados imperiales. Cuba seguirá alfabetizando, educando, curando enfermos en todas las latitudes, indicando con ello el camino que la Humanidad debe seguir: el de la unidad de los pueblos contra la apropiación de los recursos y las riquezas ajenas, el uso de la mendacidad como política de estado, el hambre y el crimen en nombre de la democracia, y jamás cejará en su empeño de defender todas y cada una de sus realizaciones sociales conquistadas, como diría Maceo, "con el filo del machete".